

¿Quién dijo que el hombre era leve?

Daniel Ramírez López

POR Juan Manuel Velasco

Desprovisto del trampantojo de la bata, Daniel se asemeja más a un bailarín callejero de hip-hop que a un licenciado en Medicina con expediente ejemplar, menos a un profesor de piano que se inició a los ocho en el conservatorio y después de alguna breve intermitencia consiguió el título a los 23. Daniel Ramírez López aparece como uno de los integrantes del cuadro médico de la delegación de Unión de Mutuas en Madrid pero tras sus vaqueros desfondados y sus Converse rojas se esconde un ser tan complejo como inabarcable por igual bien en una conversación de dos horas, bien en un millar y pico de palabras

Contrariamente a lo extendido, la experiencia no es algo que se adquiera con el paso del tiempo sino con la intensidad de su uso. La gran mayoría de los humanos, aún llegando a centenarios, no atesorarán una colección de vivencias equiparable a la de Daniel, que a sus 31 años (podrían pasar por 23) presenta un currículo existencial de cante grande. Se expresa quedo, pausado, con un deje que delata sus orígenes del Sur porque de allí proviene su saga familiar. Sus padres, de sendos pueblos de la provincia de Jaén, Villanueva de la Reina y Torredonjimeno, emigraron cuando la democracia

primero a Sevilla, donde nació Daniel en 1977, y un año más tarde a Tarragona para regresar de nuevo a Andalucía a principios de los ochenta, a Huelva esta vez, y asentarse allí definitivamente. En la capital onubense pues se desarrollaron la infancia y adolescencia de un Daniel disciplinado y responsable donde pianos, libros, películas y sueños fueron fraguando la personalidad de alguien empeñado en construirse piedra a piedra la catedral de su futuro. A los 18 vuelve a su Sevilla natal y cursa Medicina sin exceso de ardor vocacional. Y entre fonendos y diástoles completa los estudios de piano. Y los resquicios del tiempo que

aún le sobran los rellena inmiscuyéndose en el amateurismo del cine, visionando vorazmente películas y posicionándose detrás de cámaras aficionadas.

Admite no haber salido mucho durante su época universitaria, por dos razones, porque el tiempo es finito y porque esa disciplina horaria adquirida desde la infancia no le hacía añorar la diversión propia de los ambientes estudiantiles. En contraprestación a su dedicación obtuvo un expediente académico muy brillante.

Sin embargo, en el Daniel universitario ya se había asentado la convicción de que quería ser director de cine. No fue una re-



ENTRE EL AUTODIDACTISMO y el academicismo, Daniel ha conseguido fabricarse un prolífico presente cinematográfico con tan sólo 31 años.

velación, ni una epifanía sino el resultado de un proceso continuado de vocación, aprendizaje y deseo. Y esto no se lo podía ofrecer Sevilla. Desoyendo el consejo familiar que le alentaba a continuar con la especialidad médica, con sus títulos de profesor de piano y de licenciado en Medicina como garantías para encontrar una dignidad económica que le permitiera costearse su sueño, se plantó en Madrid en 2003 y se matriculó en TAI, Escuela Superior de Artes y espectáculos. La escuela de cine defraudó en cierta medida sus expectativas porque el grado de dificultad de algunas materias troncales no excedía de-

masiado de los conocimientos que a través de su autodidactismo había ido acumulando. No obstante, esos tres años de formación le sirvieron para perfeccionarse, para conocer la ortodoxia, para profundizar en el academicismo del cine y para establecer una red de contactos indispensable para desenvolverse con soltura en el mundillo. El duende de la creatividad, el endógeno, el reflejo de su personalidad lo iría estampando en cada uno de los once cortos que ha dirigido ya o en los más de 20 en que ha desempeñado el papel de ayudante de dirección. Uno de los más recientes, en los que ha participado como ayudante de di-

rección, ha estado nominado al mejor corto de ficción en los últimos Goya.

Vivía y vive de alquiler en Madrid, en un estudio relativamente pequeño pero capaz de contener el motivo de su nostalgia, su piano, un Yamaha del 86 fabricado a la antigua usanza, sin que la complementariedad de los procesos de fabricación le afectase todavía. Para ahuyentarla, a la nostalgia, se lo trajo a Madrid porque necesitaba tocarlo a diario para asedarse. El piano, sus teclas como falanges añadidas y necesarias de sus dedos. Ya no da clases, a pesar de que reconoce que están muy bien pagadas, porque el tiempo sigue siendo finito también en Madrid y porque el acopio de dinero no pasa por uno de sus objetivos. Ahora sólo toca su Yamaha para nutrirse, para aprovisionarse y para plasmar las notas en alguna que otra banda sonora que ha compuesto desde la intimidad de su apartamento. Aprovecha ese concepto de intimidad para apoyarse en la descripción del concepto de unicidad de cada piano. Percibe sus diferencias con sólo acariciar un par de teclas. No hay dos pianos iguales, como no hay dos mujeres iguales, dos hombres, dos ríos...

Se ha vuelto noctívago, el mundillo lo requiere, casi lo exige. Su actual compañera también es directora de cine, por aquello del entendimiento entre iguales. Anda ahora perfeccionando con ortodoxia su escritura y cursa el primer año de la diplomatura en la Escuela de Letras de Madrid.

Abruma su promiscuidad cultural, su voracidad por indagar desde todos los ángulos. Compone, escribe, dirige, codirige, diagnostica, interpreta, fuma, esquía, fotografía, estudia, proyecta. Verbos activos todos ellos que Daniel simultanea en presente. El que un tipo de entre Sevilla y Huelva sea un consumado esquiador se lo debe en primera instancia a una tía que con regularidad se lo llevaba a Sierra Nevada y en segunda y primordialmente a su hermano, licenciado en INEF con la especialidad de esquí de alto rendimiento. Una tercera fase de perfeccionamiento le vino cuando tuvo ocasión de prestar sus servicios como médico en la estación de esquí de La Pinilla, en la segoviana Sierra de Ayllón, en una muestra más de su pluridisciplinariedad.

Después de abocetarme su trayectoria existencial sin asomo alguno de la sensación de superhombre que le transmito, cuando ya estoy lo suficientemente boquiabierto, me acaba de noquear cuando relata que en noviembre adquirió una cámara fotográfica panorámica para avanzar en el conocimiento de ese arte al que rinde pleitesía desde hace años como algo más que aficionado. No le valió la belleza de la Sierra de Ayllón para probarla. No. Se tuvo que acercar quince días a Norue-



DANIEL presta sus servicios como médico de Unión de Mutuas en la delegación de Madrid. No lo cuenta él, pero sus compañeros resaltan el mimo con el que trata a sus pacientes.

ga, en solitario, al Norte, al Gran Norte, desde el archipiélago de las Lofoten hasta la Laponia de ese país. En tienda de campaña. Con temperaturas que cayeron, alguna noche, por debajo de los veinte negativos. Días sin ver a nadie. Con diecinueve horas de oscuridad y sólo cinco para comprobar que Dios pudo ser inuit. Confiesa que algunos días la soledad le carcomía, que necesitaba diez minutos de conversación con alguno de los suyos para sacudirse el dominio de la molicie. Contempló la aurora boreal, comprobó que queda Naturaleza en estado puro y se encontró consigo mismo bastante más de lo que planeó. El punto de locura de los diferentes.

No hace mucho que rechazó la oferta de integrarse como médico en el programa de Antena 3 que pretende dar la vuelta al mundo y que anda ya emitiéndose. De ciudad en ciudad, de hotel de aeropuerto en hotel de aeropuerto, con otros lavándole su ropa no pasa por su modelo ideal de vuelta al mundo. Ni siquiera le sedujo la tentación de en su previsiblemente exceso de tiempo libre como facultativo inmiscuirse en el mundillo de la televisión.

Además, tiene proyectos. Acaba de ro-

dar un corto en el País Vasco. Prepara un documental sobre la evolución de los figurantes, gentes recias de las comarcas interiores almerienses, en el género del *Spag-*

una película. Además de la preparación del documental mencionado, subdivide su presente y su futuro inmediato entre un falso documental basado en los apartados de los

Ahora sólo toca su Yamaha para nutrirse, para aprovisionarse y para plasmar las notas en alguna que otra banda sonora que ha compuesto desde la intimidad de su apartamento

hetti Western que tuvo su esplendor en los sesenta y los setenta en aquella provincia y que parece que ha vuelto a resurgir hasta el punto que algunos han vuelto a ejercer de figurantes cuarenta años más tarde.

Elige la palabra cineasta para precisar su objetivo profesional, personal también. Su definición enmarca su sueño. Su búsqueda constituyó otro de los motivos del rechazo de convertirse en Danny Fog en Antena 3 ya que en una de sus alforjas sagradas custodia el proyecto a medio plazo de dirigir

extras que aparecen en cualquier DVD y un corto de ficción sobre el peor boxeador de la historia que se retiró hace pocos meses. Y en ciernes otro corto que se rodará en marzo y en el que Daniel ejercerá de nuevo como ayudante de dirección.

Mientras tanto, lector, hasta que las nubes sobre la cabeza de Daniel se compacten y den lugar a la lluvia perseguida, ahora que sabes de su existencia, presume de compañero de trabajo. Aunque igual no te acaban de creer del todo si les cuentas tanto.